

mientras Damiana contaba
de Ayala, vida y milagros,
Hasta el fin escuchó Albino
y se quedó estupefacto,
y fué todo al buen don Cosme
punto por punto á contarlo.

IX.

No, señor, estremos hagás
que tu menor sentimiento
será mi mayor desgracia.

CALDERON DE LA BARCA.—*Cuál es mayor
perfeccion.*

El sargento Juan Fernandez
ya de los cincuenta pasa
y es hombre á quien las fatigas
del servicio nunca cansan.
Siempre firme, siempre activo
en el cuartel y en campaña
parece, ó bien que es de acero
ó que en trabajar descansa.
Tiene aire marcial; delgado
y de estatura mas alta
que lo regular; morena
la faz por el sol tostada,
y á ambos lados de la frente
grandes arrugas se marcan.
Solo en torno de los labios

usa el sargento la barba,
 en la parte superior
 entre negra y entre cana,
 en la inferior algo corta
 y completamente blanca.
 Sus cejas son prominentes
 y negras y bien arqueadas,
 ojos chicos, nariz grande
 y cabellera de plata.

Lleva pantalones blancos,
 piqueta bien ajustada
 azul celeste, y presillas
 de paño color de grana.

Hacia ya mucho rato
 que ensimismado se hallaba,
 cuando á él se llegó un soldado
 y le habló en estas palabras:

— Mi sargento, está usted triste
 y ¡voto á Ruz! deseara
 esa tristeza, sargento,
 de algun modo desterrarla.

— Te equivocas, no estoy triste,
 únicamente pensaba.....

— Cómo no? Quiere negarlo,
 pero ca, no se me engaña.

Es un secreto? Corriente,
 si no le sirvo de nada

me callaré.

— Bueno, déjame.

— Si mi sargento lo manda.....

Y se fué, saludando antes
 á la militar usanza,
 con la derecha tocando
 las orillas de la schaca
 con los dedos estendidos
 y para afuera la palma.

No muy lejos de Fernandez
 fué á sentarse, donde estaban
 tres soldados de la quinta
 y un corneta de la banda,
 y los cinco, á poco tiempo,
 con voces bien acordadas,
 esta cancion entonaron
 con voz grave y muy pausada.

Por no andar entre justicias
 preso y atado,
 quise meterme á soldado,
 mas con violencia
 solicito mi licencia,
 pues llego á ver

* Cancion muy usada entre nuestras tropas. Su música es triste y acompañada, y la entonan formando un verdadero coro de orfeon.

que aquí uno se ha de perder
con gran presteza.

Uno inclina la cabeza
á cuanto mandan;

pues aquí los palos andan
muy seguiditos.

Maltratamientos y gritos
los dan baratos.

Y tambien son muy ingratos
los camaradas;

si uno hace guardias pagadas
le dan baldon

y le llaman alquilon.
¡vida maldita!

Si tiene mujer bonita
y uno es zeloso,

se tulle en el calabozo,
no hay mas que ver.

.....

Gran rato pasado habia
y todavía cantaban.

Fernandez se apartó de ellos
y se dirigió á la escuadra,

en donde encontró á su hija
pensativa y cabizbaja,

porque en la tarde siguiente
debía llegar Ayala.

Oliván al lado suyo
inquieto y turbado estaba,

y el corage se leia
en su gesto y sus palabras.

—Cálmate, Luis.

—¿Qué me dices?

Tambien el alma se cansa
con tanto sufrir y tanto

llorar..... Yo he vertido lágrimas!

Pero me decido á todo.

—Me asustas.

Ya estoy en calma,
y no hay razon.

—Mas qué piensas?

—Desertarme.

—Oliván!

—Vanas

serán tus súplicas todas.

—Pero.....

—Pasado mañana.

—Ah Luis!

—Mañana á las nueve

por fortuna entro de guardia

al reten que está á estramuros

situado en el Agua Blanca.....

—Mas.....

—Calla, estoy decidido;

llegando la hora de diana
irás á esperarme, Lina,
donde concluyen las casas
de la Magdalena.....

—Luis,

dijo el sargento, que entraba,
¿qué estás diciendo, deliras?
¿Faltar así á tu palabra?

Eres voluntario. Luchas,
recuérdalo, por tu patria.

—Padre, calle usted. No llores,
Lina. No me vence nada.

Si solo de dar mi sangre
gota á gota, se tratara,
si solo de dar mi vida.....
padre, nunca vacilara:

pero perderla.....! perderla.....!!

¿Sabe usted cómo se ama?

¿Sabe usted lo que es vivir
confundiéndose dos almas;
y sabe usted, padre mio,
lo que quiere separarlas?

Me deserto, irrevocable
es mi decision tomada.

—Pero estás loco, Oliván?

Decirme á mí esas palabras!

A mí, que para impedirlo

si es preciso te matara!

Es mi deber, soy sargento.....

—Pero ¿qué quiere usted que haga?

Mi vida es peor que infierno,
agonía prolongada,

agonía que no abriga
ni de morir la esperanza.

Yo sufro por mí y por ella;

ella, á quien el dolor mata,

ella, sargento, es su hija,

y mañana, deshonrada,

ni yo le llamara esposa

ni usted hija la llamara,

avergonzándonos ambos

aun de mirarle á la cara;

y nuestra dicha está solo

en mi desercion fundada.

—Pero esas cosas se hacen,
pero al hacerlas se callan.

—No, Luis, por piedad te ruego
no así martirices mi alma.

Desertarte..... pues no sabes
lo que al desertor aguarda?

—La dicha de verse libre.

—Y un patíbulo mañana.

—Y bien, qué importa la muerte.

—Y entonces yo abandonada

maldeciré nuestro amor
 que fué de tu muerte causa.
 Me maldeciré á mí misma,
 y quizás desesperada,
 buscaré el fierro homicida
 que ha de rasgar mis entrañas.
 —Calla por Dios. No destruyas,
 Lina, mi única esperanza.
 Yo, mi ángel, que así te quiero
 que por ahorrarte una lágrima
 no hay un mal que no sufriera,
 no hay muerte que no arrostrara!
 Y tú en aumentar gozando
 mis martirios y mis ansias.....
 —Luis!

—Pues consulta á tu amor,
 y bien, ¿qué hacemos?..... ¿te callas?
 —¿Qué decir, si solamente
 sé llorar?.....

—Oh, Virgen Santa,
 ten compasion de mis hijos!
 —Luis, ella oirá la plegaria
 que yo y mi padre elevamos
 hasta sus benditas plantas.
 Cayó Lina de rodillas,
 con ambas manos la cara
 se cubrió, y entre sus dedos

asomábanse las lágrimas.
 De pié el sargento junto á ella
 tomó su cabeza amada
 y en sus rodillas que tiemblan
 su bella frente descansa.

X.

EL 5 DE MAYO.

Los infantes de Aragon
¿qué se hicieron?

JORGE MANRIQUE.

La plaza está iluminada,
la gente lo llena todo,
hay luces en las cornisas
y en los balcones adornos:
llevan sus mejores trages
las jóvenes y los mozos;
se respira aire de fiesta,
se mira el júbilo en torno.
Hay en puertas y en ventanas,
cortinas de verde, rojo,
y blanco; y en transparentes
se leen nombres gloriosos.
El de Mendez Olivares,
de Mendez Cardona y otros.
Son los de los michoacanos

que demostraron su arrojo
en Puebla el cinco de Mayo.
Oh, qué recuerdo! Oh, qué pronto
pasó la gloria, y huyó
la Victoria de nosotros!
Dos años..... ¡qué diferencial!
Dos años hace que el polvo
la hueste Gala mordía,
y hoy ocupa el país todo.
Dos años que Zaragoza
se encontraba victorioso,
y los franceses huían
á paso veloz, al Golfo.
Pero, ay! Hace un año entero,
y cuán largo, y cuán penoso,
que al frances se prostituye
la Victoria, sin sonrojo.
San Luis y Morelia en vano
llamaron en su socorro
á aquel valor de Angostura
y de Tampico el arrojo.
En vano los mexicanos
derraman amargo lloro
bajo el arteson del templo,
y ante los altares solos.
En vano, en vano los hijos
de Hidalgo..... Su nombre, solo

pronuncian hace algun tiempo
bajando al suelo los ojos.

¿Dónde el valor de Morelos?

¿En dónde Terán glorioso
que se cubrió allá en Tampico
con extranjeros despojos?

¿En dónde Epitacio Sanchez,
que de Querétaro en torno
treinta contra cuatrocientos
supo sacar victoriosos?

Oh, los que por ese hecho,
si viven, sobre su heróico
pecho, ostentaron un día
la rica medalla de oro,
la ocultan avergonzados,
porque ahora de nuevo, otros
extranjeros, de su patria
se burlan en el desdoro.

Pero esa noche, en la fiesta
solo pensaban con gozo;
y hacian bien, porque ella
fué de otros triunfos pronóstico.

En un grupo hablaban unos
concurrentes, de las niñas,
de esperanzas, de deseos,

del amor que los cautiva.

A un lado, no lejos de ellos,
se hablaba sobre política.

—Desconfío de Camaño.

—Haces mal si desconfias.

—Vendido está.

—No lo creas.

—Pues en México se afirma,
aunque con reserva.

—Quieres

incomodarme, y por vida
del demonio! Si así sigues
es fácil que lo consigas.

Algunos recién llegados,
que lo que es grandioso admiran,
de la Tzaráracua hablaban,
gigante cascada altiva,
que se arroja entre las peñas
desde una altura infinita;
de la que por ambos lados
acompañan la caída
otras cascadas pequeñas
brotando en la roca viva.
También hablan del Puruántzitiro
(por *chancela* conocida)
otra pequeña cascada,
mas que imponente, muy linda.

Mas allá, hablaban, Reynoso,
el teniente Reyes Hajar,
de Estado Mayor, y Perez
que es un oficial de filas.

—Régules es incansable.

—Si no siente la fatiga;
ayer mandó el ejercicio.

—¿Qué arma?

—La caballería.

—Bien por él!

—Lo mismo digo.

Pues su ejemplo nos anima,
á mí no me rinde el sueño
si es que en aquella hora misma
velando está el General.

No hay trabajo que me rinda
cuando veo que él trabaja.

—¿Y hace tiempo que militas
con él?

—Ahora hace poco,
mas lo mejor de mi vida
pasé á su lado; la guerra
de la reforma.

—El te estima
con razon.

—Y yo lo quiero
con amistad franca é íntima.

—Y yo no lo veo desde
el día de la revista.

—A propósito, qué penas
me hizo pasar. Maldecida!

—Por qué?

—Figúrense ustedes
que ya tenia mis listas;
las once eran de la noche
del día dos al concluir las.
Me levantaba contento,
pero mi suerte maldita
quiso que la mesa fuera
coja, y al pararme aprisa
rodó, y las listas completas
se me mancharon de tinta.

—¿Qué hiciste?

—Velar, y vaya,
si mucho sueño tenia,
y que velara el primero
y dos cabos de la quinta.
Yo escribo á paso de carga,
pero aun así, no podia
á la hora de la diana
concluir..... y les da risa?

—Sí, y con razon; yo conozco
la diligencia esquisita
que gastas. Y en pormenores

indiferentes te fijas.

—Yo me enorgullezco de ello,
y en mis documentos, mira,
ni el mismo señor Alcorta
defectos encontraría.

Iban á continuar, pero
sus voces interrumpidas
fueron por Miguel Ramirez
que llegaba á toda prisa.

—Amigos, valor, prudencia
y audacia se necesita.

—Tú vienes muy agitado.

—Con razon, por vida mia!

Ayala esta misma noche
pretende robar á Lina.

—¿Qué dices?

—En el bullicio
de la fiesta, prevalida
su maldad del gran concurso.

—¿Y qué piensas?

—Impedirla.

—¿En dónde se halla?

—Sin duda

de Damiana en compañía
recorre la plaza.

—Juzgo

que es necesario advertirla.

—Y Olivan?

—En la Agua Blanca
se encuentra ahora de fatiga.

—En el reten?

—No perdamos
tiempo.

—¿Qué hacemos?

—Precisa
antes de todo buscarla.

—Vamos todos.

—Vamos, Hijar,

—¿Cuál es tu plan?

—No lo tengo;
ya hablaremos en seguida.

—¿Dónde nos reunimos?

—¿Dónde?

—En la cuarta compañía
que es la de Fernandez.

—Lástima
que Béjar no esté.

—La misma
falta hace Soler, que se halla
en Zapotlan de partida.

Y todos se separaron
en direcciones distintas.